

Alexander A. Parker:

LA FILOSOFÍA DEL AMOR EN LA LITERATURA, 1480-1680.

Ed. Cátedra, Crítica y Estudios Literarios, España 1986.

Traducción de Javier Franco.

El amor, como expresión de una actitud vital y de una concepción del mundo, es la línea de reflexión que privilegia el presente estudio en un innegable esfuerzo por mejorar la comprensión de la Edad de Oro en la literatura española.

Después de valorar y delimitar el aporte estructuralista al quehacer literario, el trabajo define su orientación metodológica y explicita su pertenencia a la tradición de los estudios humanistas.

El concepto de amor que aquí se encuentra, está tratado con una total amplitud de sentido y corresponde tanto al sentimiento que une al hombre y la mujer, como a la relación que ambos establecen con Dios. La investigación gira, entonces, en torno al cambio “en las ideas sobre el amor que nos ha ofrecido la literatura en relación con los valores, o sea, con lo bueno para el hombre, con lo que facilita u obstaculiza su perfección potencial” (p. 18).

El tema se aborda desde cinco perspectivas que constituyen el estudio en su totalidad: El lenguaje religioso del amor humano, amor ideal y neoplatonismo, el lenguaje humano del amor divino, amor ideal y realidad humana y el amor ideal y la filosofía de la desilusión.

El primer capítulo, *El lenguaje religioso del amor humano*, nos enfrenta a la problemática del *amor cortés*; poniendo especial énfasis en la forma que adopta en España, entre los años 1450 y 1550.

Desde una perspectiva crítica, el amor cortés de los siglos XII y XIII ofrece una serie de situaciones problemáticas:

- Sus posibles fuentes, ante un surgimiento sorpresivo en Provenza, hacia el 1100.
- Su relación con ciertas tradiciones religiosas.
- Su posterior desarrollo y sus vías de expansión.

Según Parker, la teoría más polémica corresponde a la formulada por Denis de Rougemont en *L'Amour et l'Occident*, donde se plantea una estrecha relación entre la poesía amorosa y la herejía de los albigenses.

El rasgo diferenciador de esta escritura estaría dado por la presencia de un amor ilícito, en un espacio cristiano. El amor deviene en “una suerte de pasión irracional y oscura obsesionada con la muerte” (p. 26). Así, la poesía establece un doble nivel de lectura: lo que dice resulta distinto de aquello que se significa.

El valor de los símbolos y las imágenes utilizadas por los trovadores, se va debilitando hasta constituir una verdadera “retórica de la ortodoxia” (p. 26). Este lenguaje se hace presente también en los grandes místicos, como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, donde la palabra amorosa tiene una fuerte connotación erótica que suele desorientar a sus lectores. Ante esta problemática, de Rougemont plantea una correspondencia entre el lenguaje amoroso humano de la herejía y el del amor divino de la ortodoxia.

Continuando la revisión crítica, Parker busca dilucidar si este amor es “humano idealizado o si en el fondo es inherentemente sensual” (p. 27). Para ello, acude a lo señalado por René Nelli en *L'Erotiques des Troubadours*, donde se distingue entre el *amor cortés* como el sentimiento que se experimenta por una dama inalcanzable, la consiguiente continencia forzada, acompañada de sufrimiento y el *amor caballeresco*, donde la imposibilidad ha desaparecido, la continencia es sólo temporal y alcanza el nivel de un servicio que se realiza para merecer la consumación amorosa.

El estudio se centra, luego, en la poesía del amor cortés en Castilla, estableciendo que hacia el siglo xv ya se pueden reconocer sus rasgos. Los “cancioneros”, que publicaban la poesía del tiempo, permiten configurar un corpus textual donde se revela una especial concepción del amor humano, entendido como un servicio fiel a una dama que nunca recompensa a su servidor. El sentimiento resulta ineludible y sume al amante en una suerte de agonía que, sin embargo, se prefiere a la carencia de amor.

Entre las diversas formas de expresión amorosa, encontramos un vocabulario religioso que va desde las oraciones litúrgicas a los salmos, llegando incluso a equiparar el sufrimiento del amante con la Pasión de Cristo. Según Parker, en España esta poesía es “completamente convencional” (p. 31) y refiere a una actitud artificial, que se transforma en un elemento significativo, pues encubre la realización de un amor puro y perfecto. Respecto de este punto, el trabajo crítico ha desarrollado dos vías: por una parte se ha privilegiado la idealización (Pedro Salinas); de otra, se ha postulado un enmascaramiento de lo erótico (Keith Whinnom y Royston Jones).

Para el autor, hay una diferencia esencial entre “una poesía que canta al *placer* sexual y otra que lo hace al *deseo*” (p. 33). La escritura del deseo no realizado crea la ambivalencia fundamental de la tradición, en que el amor profano y el sagrado utilizan un mismo código poético para su expresión.

En este sentido, el amor cortés es un esfuerzo de revalorización del amor humano, una búsqueda del equilibrio necesario en una sociedad que empezaba a rescatar la singularidad del hombre.

En este contexto, Parker analiza brevemente *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro, haciendo evidente su concepción del amor como religión; *Égloga de Cristino y Febea* y la *Égloga de Plácida y Victoriano* de Juan del Encina, para ejemplificar el uso de un lenguaje amoroso con claras resonancias sagradas; *El Amadís de Gaula* en su

divinización de la figura femenina; *Don Duardos* de Gil Vicente, con la presencia del amor como destino ineludible y, finalmente, *La Tragicomedia de Calisto y Melibea* de Fernando de Rojas, con su visión idealizada de la mujer en el primer encuentro de los amantes.

El capítulo dos se centra en el amor ideal y el Neoplatonismo, fundamento filosófico del Renacimiento, que otorga a la mujer un lugar más destacado en la configuración del amor humano ideal. Para Parker, este rasgo revela la belleza de la dama que actúa como mediadora en el ascenso espiritual del amante.

La relación amorosa se entiende ahora como un sentimiento casto, en que se unen las almas hasta alcanzar la comprensión de Dios. Por ello, el Neoplatonismo sitúa al amor humano en un ámbito divino.

La evolución que experimenta la tradición del amor cortés se aprecia en la poesía de Garcilaso. Parker revisa la *Canción Cuarta* como expresión del conflicto entre amor ideal y amor sensual; la *Canción Primera* que pone de relieve el paisaje, verdadero "entorno poético" del amor doliente y las tres églogas, como superación del deseo sensual a través de la razón. De este modo, las églogas universalizan el tema del amor doliente y lo refieren al plano de la resignación humana. Luego se detiene en la obra de Fernando de Herrera "poeta fundamental en la senda del primer platonismo" y en Francisco de Aldana, cuya lírica se aleja progresivamente del amor sensual hasta alcanzar el amor místico, abriendo camino a todo un movimiento cultural y religioso en la España del tiempo.

En el capítulo tres se aborda la utilización del lenguaje humano, como expresión del amor divino. Alexander Parker reconoce una notable confluencia del amor cortés, el neoplatonismo y la mística en la poesía española del siglo XVI. De este modo, accedemos a un corpus excepcional que permite estudiar los problemas generales de la literatura amorosa europea del tiempo.

El actual cuestionamiento de la veracidad de la experiencia mística queda fuera de discusión en el nivel crítico, pues en el momento cultural del Renacimiento, la comunicación divina es percibida como auténtica tanto por los grandes poetas místicos, como por sus lectores.

Respecto del vocabulario utilizado, podemos advertir un verdadero trastrueque, mientras el amor cortés al referir al amor humano usa un lenguaje sagrado; los místicos, al describir el amor divino, usan un lenguaje humano.

Sin embargo, ambos amores se ponen en relación a través del sufrimiento. Para el amor cortés el sufrimiento se produce por la imposibilidad de realización; para los neoplatónicos su origen radica en un claro privilegio del aspecto irracional del hombre. En este contexto, la obra de León Hebreo opera como nexo entre las dos visiones. Según Hebreo, el sufrimiento amoroso se produce por la imposibilidad de alcanzar la unión perfecta, que involucra una fusión espiritual y corporal, la única salida a esta situación es ascender a la unión mística, unión no exenta de sufrimiento por cuanto niega la felicidad del propio cuerpo. El poeta une así las tres vertientes: amor cortés, neoplatonismo y mística. En esta nueva perspectiva, al plantear un objeto amoroso ideal que trasciende la condición humana, la mística alcanza el grado de etapa de madurez en el proceso evolutivo de la poesía amorosa.

El estudio se centra, luego, en la obra de San Juan de la Cruz, dando cuenta de su lenguaje simbólico y estableciendo la importancia crítica que adquieren los comentarios del poeta, entrada obligada a la lectura crítica de sus versos.

La relación entre amor ideal y realidad humana compromete el interés del capítulo cuarto. Al observar el proceso evolutivo de la literatura amorosa, podemos reconocer la configuración de una visión ideal del amor, que al revertir sobre la realidad resultaba cuestionado en sus planteamientos fundamentales.

Esta oposición se advierte, por una parte, en el Neoplatonismo que, según Parker, no logra afincarse en la literatura española por la distancia que media entre sus postulados teóricos y la percepción de la experiencia inmediata. Así, la consecución de un amor sereno, que se alcanza a través del razonamiento y la voluntad, obviando el sufrimiento, no termina por convencer al hombre renacentista. La tensionalidad entre ideal y realidad, aquí emplazada, se revela en la novela pastoril y su proposición del “buen” y el “mal amor”.

El mismo cuestionamiento, pero con una perspectiva distinta asume la Contrarreforma al propiciar una literatura que exprese “una visión cristiana de la vida y un sentido de responsabilidad moral mediante la presentación de la naturaleza humana tal como es realmente en lugar de idealizarla” (p. 131).

En este contexto del amor ideal, Parker revisa las proposiciones y las conceptualizaciones amorosas de los principales autores de la época. Así, da cuenta del neoplatonismo cristiano de Pedro Malón de Chaide en *La Conversión de la Magdalena*; la integración del elemento social que hace Cervantes en el *Quijote*, *La Galatea*, *La Ilustre Fregona* y *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*; la visión realista y natural del amor que ofrece Lope de Vega en su poesía lírica, visión que lo “aleja de la tradición renacentista en el sentido de que ni las mujeres ni el amor son objeto de idealización” (p. 154). Deteniéndose, luego, en la fatalidad amorosa que conllevan *El Caballero de Olmedo* y *El Castigo sin Venganza*.

La exaltación del campesino como ser natural y moralmente superior al noble, se plasma en la obra de Tirso de Molina. Parker llama la atención sobre la figura femenina de Tirso que “sirve y salvaguarda” (p. 167) a la Naturaleza. Luis de Góngora participa, también, de este privilegio del campo, pero su idealización procura una perfección estética.

El capítulo final nos lleva al término del proceso, con el desaparecimiento paulatino del amor cortés y el surgimiento de la filosofía de la desilusión. Enfrentamos una nueva sensibilidad, donde el desengaño vital se hace evidente y la felicidad prometida por el amor ideal se vuelve inalcanzable.

A partir del rescate poético que la crítica ha hecho de Quevedo, Parker propone su escritura como iniciadora de una nueva forma: “Esta tensión sin resolver, esta afirmación y negación simultáneas, es la poesía metafísica” (p. 192). Así, el escritor asume la tradición del amor cortés, pero invierte su sentido y el triunfo del amor humano aparece, ahora, connotado por la experiencia de la desolación espiritual.

En el drama, la gran figura es Calderón. Parker revisa un significativo número de obras, donde Calderón reafirma la presencia del amor ideal, pero es “un ideal teórico en precario equilibrio entre el cuerpo y el alma” (p. 206). El crítico revisa, detenidamente, la recurrencia temática de la violencia y el encarcelamiento, rasgos definitorios en la concepción amorosa que aquí se instaura.

Con las figuras de Quevedo y Calderón se pone término al presente estudio. La imagen del amor ideal se cierra revelando la profunda tensión existencial que su realización provoca.

La Filosofía del Amor en la Literatura Española, es un valioso aporte que amplía y

profundiza el conocimiento literario de los siglos XVI y XVII, enriqueciendo, a su vez, nuestra percepción del hombre que encarnó estos principios.

Haydée Ahumada Peña

Prof. Lit. Española
Inst. Literatura y Ciencia del Lenguaje
Universidad Católica de Valp.